

Viaje a Santos Lugares

Sergio Mejía Macía

I

Ayer fuimos a ver a Sábado en su casa de Santos Lugares. El día estaba azul y tibio, el aire cargado de nada. Un día en que la suerte va en péndulo. Nos reunimos en mi casa Federico, la francesa y yo. Federico llegó con la noticia de que Esteban había decidido no venir. Al unísono la francesa y yo preguntamos por qué y Federico contestó que Eduardo no había explicado su negativa, igual podía tratarse de timidez que de pereza. Me pareció una lástima, pues de todos nosotros Esteban es el que más se parece a Martín, el héroe de *Sobre héroes y tumbas*. Dije con misteriosa convicción que, a mi modo de ver, entre todos nosotros él hubiese sido el preferido de Sábado. Solo vi a Esteban una vez, días antes en una parrilla de Brandsen, y hablamos muy poco. Justamente, me dije, Martín no habla mucho.

En mi casa tomamos agua con hielo y nos dimos ánimo entre chistes y largas. Federico sugirió que lleváramos lentes de hierro para que Sábado no nos arrancara los ojos y la francesa fue de la opinión de que lo mejor sería ir hasta Langeri al 3135, merodear por el jardín y asomarnos a las ventanas sin tocar el timbre ni

presentarnos al té de las dieciocho treinta. Terminamos el agua, los chistes y las largas, nos miramos todos en el espejo, por turnos, a puerta cerrada, y salimos por Talcahuano hacia Retiro. Tomamos el tren con espíritu festivo, como si abordáramos para el Tigre en Sandalias (nombre de otro lugar en Argentina) y armados con un cesto de fiambres. Pero el tren a Santos Lugares es diferente, y pronto nuestros comentarios ligeros desentonaron entre pasajeros cavilosos que miraban la ciudad vacía por las ventanillas.

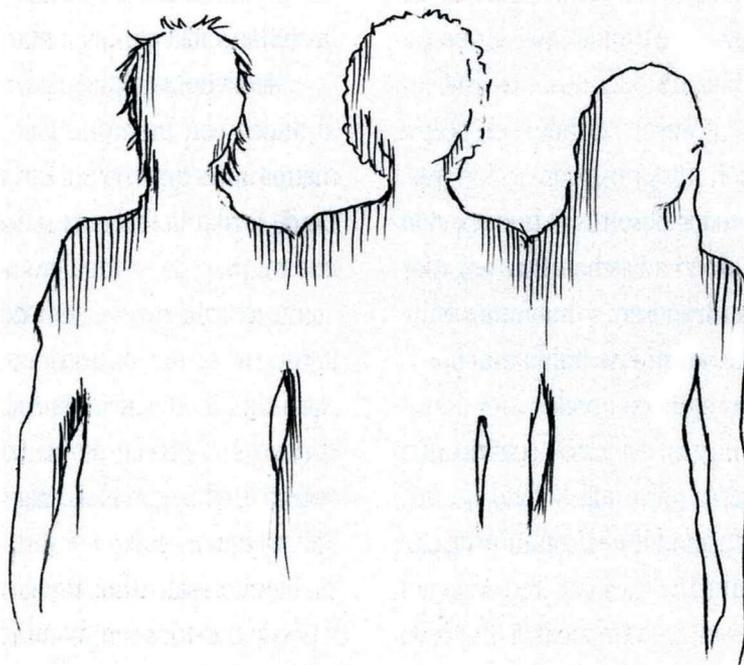
Media hora después Federico y la francesa saltaban al andén con premura, alcanzaban el puente varios metros antes que yo y subían las escalas de tres en tres. Desde arriba la francesa se volteó burlona y comentó que mi paso de tortuga era para no sudar la camisa. Tenía toda la razón, pero dije que andaba despacio porque no sentía la menor ansiedad. Al fin de cuentas, ¿qué tan difícil podría ser hablar durante media hora con un profesional de las palabras? ¡Qué!, comentó Federico, claro que estás ansioso. Además vos sabés que Sábado está loco. No hombre, qué loco, es un creador, un literato, seguro que imagina las agonías que escribe y puede haberlas sentido alguna vez, pero las amasa,

las edita, es un artista. Bueno, pero los artistas son tipos simpáticos, ¿no? Digo, en Francia son gente con un papel para cumplir, nada de andar borrachos agitando quilombo en las discotecas y pateando lo papagasi. Seguro, pero, piensen, ¿ustedes imaginan a Sartre tomando el té con jóvenes desconocidos todos los sábados por la tarde, o a Camus? No. Debe ser el misterio lo que nos tiene ansiosos, y no digas que no lo estás porque no te creo, además, mirate, ya estás sudando como un percherón, boludo. Pará, pará. La francesa rió.

Atravesamos la plaza de la estación y caminamos hacia la panadería al inicio de la avenida La Plata. Federico y yo habíamos hecho un reconocimiento el miércoles anterior y conocíamos todas las calles de nuestro itinerario. ¿Masas o facturas? Masas, es hora de merienda. Okey, pedilas vos que sos de aquí; ¿les provoca una cerveza o será sacrilegio? Sacrilegio a la merde, una de litro para los tres. Dale. No le metas mucho chocolate a esas masitas que de pronto le descuadramos la digestión al viejo. ¿Creés que Sábado no sabe qué puede comer y qué no?; igual, dame tres de estas, dos de estas otras, cuatro de aquellas con azúcar glaseada. ¿Azúcar qué? Estas che, estas. Ah. Y tres

vasos por favor. Y unos chicles, no queremos llegar oliendo a cerveza al té de Sábado. ¿Sí creés que llegará a sentirlo?; tiene noventa y cuatro años, no se te olvide. Los chicles, por favor, dos paquetes.

Recordaba con nitidez una casa baja, de color ocre, con persianas blancas cerradas y un antejardín con pinta de pequeño bosque, desordenado, espeso y con olor a jazmín del país. Los árboles altos y delgados se asoman a la calle por una reja negra. En el frente de la casa siempre hace fresco y persiste una sombra suave que detiene el peor sol de verano con modesta eficacia. Un corredor parte de la reja, flanquea el jardín por la izquierda y lleva a la entrada principal, pequeña y oscurecida por un vestíbulo en el que se filtran luces de colores. El corredor continúa hacia la derecha hasta otra puerta de doble hoja que da al patio de servicio. Salimos de la panadería, buscamos Langeri, caminamos hacia las vías y a una distancia de dos calles vemos un grupo apostado a media cuadra, donde Federico y yo calculamos que está la reja negra. Están en la panadería del lado. No hombre, qué va, no es hora de panchos; no somos los únicos. Y, ¿de verdad esperaban que nos recibe solos, todo para nosotros?, ¡no!



En efecto, la fila era larga, cinco, no todos tan jóvenes como dicen algunas biografías breves. Una pareja había ganado la posición del comunicador. Él tenía el pelo largo y los ojos serios, ella era morena y nerviosamente risueña, se diría que simpática. Recostada contra un árbol en el borde de la acera, una rubia nos miró acercarnos desde sus ojos grisáceos y burlones elevados sobre un par de piernas más firmes y gruesas que el árbol. Era evidente que la rubia ya había venido, pero no en misión de exploración sino de té. En su actitud distante, y sobre todo en la manera como se apropiaba del árbol, se percibía el desagrado por haber perdido la posición del comunicador. A cubierto de la rubia y en actitud plácida, estaba un hombre joven con camisa azul. Había alguien más, expuesto a la rubia, por lo que se me escapó su figura.

Empecé a hablar con la pareja en tono festivo. Y, ¿qué saben del viejo, está en forma? ¿Viejo? Eh... lo digo de cariño. Bien, bien, está perfecto. ¿Primera vez que vienen? No, venimos cada tanto. Ah. Federico y la francesa se habían refugiado, no ya de la rubia sino de mi conversación con la pareja, y cuchicheaban a prudente distancia, Federico visiblemente incómodo, la francesa solidaria. Me les uní. No pongás cara de drama. Pero es que no ves que esto parece una fila de borrachos a mediodía rezando el sésamo ante la puerta de un bar. No hombre qué va, son jóvenes idealistas que vienen a tomar el té con la única celebridad del mundo que recibe a quien sea; cuidado con las masas que tenés la bandeja inclinada. Sí; y las danzas húngaras, ¿las olvidaste en la panadería? No, aquí están. Tres comensales y solo dos regalos, aticé a la francesa en ejercicio de mi pasatiempo preferido. Yo misma soy el regalo. Sin duda, comenté sin ironía.

Una señora ancha, afable y de rojo salió por la puerta del patio, recorrió la ele del corredor hecha sonrisas y abrió la puerta de la reja. La rubia saltó a sus brazos con medio metro de ventaja sobre la pareja. La quinta persona, en quien al fin reconocimos a una mujer, se cubrió de bronce y nosotros tres nos mezclamos en el umbral con el de la camisa azul. Todos

saludaban a Betty y nosotros hicimos igual. Yo entré de último contemplando con reverencia la casa del poeta, más real a cada paso. El jazmín olía intensamente, el fresco se acentuaba, los vitrales del vestíbulo reflejaban brillos polvorientos y la sombra se hacía más tersa.

Ese es Roque, dije en voz alta apenas franqueada la puerta del patio. Sí, dijo Betty, mientras tranquilizaba a un pastor alemán nonagenario con una cabeza hermosa y que hacía una guardia agónica y yaciente. Me incliné y acaricié su frente amplia, entre dos ojos de chocolate y gemidos que provenían de cavernas entre las vísceras. Logré darme tiempo y conseguí entrar a la cocina de Sábado en último lugar. Federico y la francesa iban muy cerca y junto con el de la camisa azul éramos los únicos que no parecíamos de visita en casa de la abuela. Betty nos llevó directamente al comedor y nos delegó a la rubia, quien supo encontrar las sillas que faltaban. Mientras nos sentábamos sonó el timbre dos veces y para cuando la mesa estuvo dispuesta, las masas servidas y las teteras en camino, nos habíamos acumulado trece personas alrededor de una mesa para seis. La morena tomó ventaja de los oficios de la rubia y desapareció con agilidad tras una puerta.

Instantes después volvió con Sábado del brazo, a pasos lentos. La morena insistía en llevarlo, pero él andaba por sí mismo. Avanzó con una sonrisa, nos miró a casi todos y se sentó en una de las cabeceras, de espaldas a un pequeño patio interior. Me sorprendió la piel amarillenta de su cara y cuello. Su talla pequeña y sus ojos hundidos y dulces —rara mezcla— eran los mismos que había visto en tantas fotos y entrevistas. La rubia y la morena lo saludaban repetidamente, aquella zalamera, esta reverente. Los demás éramos todos presas de una misma sonrisa bovina, excepto Federico, quien se mantenía serio, firme y atento.

A mí iba a corresponderme la otra cabecera, pero la evité con unas maromas torpes que terminaron por cavar una U en la disposición de los comensales. A mi izquierda quedó Federico y a la suya la francesa, peligrosamente cerca del gran hombre, protegida por la rubia, Betty daba órdenes inocuas para aligerar el

ambiente. El novio de la morena se sentó a media mesa con su silla dirigida francamente hacia Sábato, ostentando un perfil correcto y antipático. La rubia creó un polo de atención inevitable en el otro costado, muy cerca de nosotros, y dejó a la francesa irremisiblemente expuesta. Quien estaba a mejor cubierto era Federico, su silla inclinada hacia atrás. La rubia y la morena empezaron a servir el té, nadie tomó su taza, un silencio de largos segundos nos permitió oír las vacilaciones de la tapa en la tetera.

Cuando la rubia y la morena juzgaron que el silencio se alargaba atropellaron sus palabras. Primaron las de la rubia, quien, en un intento estridente por ser cariñosa, le dijo a Sábato que habíamos venido trece jóvenes a visitarlo. Utilizó la palabra jóvenes con naturalidad. El número no pareció sugerir nada a Sábato, quien comenzó su té sin comentarios. Todos lo seguimos, yo me estiré hasta una media luna con crema de limón, la francesa ya iba por su tercera masa, Federico ofreció las suyas a los que estábamos en las puntas de la U, la morena se deshacía en sonrisas que parecían justificativas, todas dirigidas a los nuevos. ¿Justificativas de qué?, me pregunté fugazmente. Ernesto, hay cuatro nuevos hoy, son ellos, espetó la rubia.

—Ah, se oyó la expresión sin sorpresa de Sábato. —¿Qué hacen ustedes? —miró a la francesa.

—Yo trgrabajgo en la prgrotección de la naturgraleza. Soy frgraanceza y vivo en Buenos Eirgres hace dos año —dijo con garbo, soltura y acento.

—¿Cómo? ¿Qué dijo? —preguntó Sábato mientras se inclinaba hacia delante con perfecto dominio de su taza de té y sin dirigirse a nadie.

La rubia se adelantó. Ella es de Francia y trabaja en una ONG, Ernesto. Usted vivió muchos años en París, Ernesto. A veces viene gente de Francia y hablan en francés durante el té, agregó dirigiéndose a nosotros. Él habla francés muy bien, insistió en agregar.

—¿Francesa? Ah. ¿Parlez vous français? —interrumpió Sábato a la rubia en un punto indeterminado de sus explicaciones, que sin embargo ella supo llevar hasta el final. La voz de la francesa se superpuso a la

de la rubia y contestó en francés que —oui, je parle français puis que je suis française. Je suis de Paris.

—Ah —exclamó Sábato con placer. —Qu'est-ce que vous voulez? —Pronunció la última pregunta con un dejo histriónico y recargando el acento en la e de voulez.

—Qu'est-ce que vous voulez?

Todos reímos, en particular la morena. Su novio, el de pelo largo, se avino a sonreír. A los que no hablaban francés se les notó un levísimo malestar, tal vez por no hablar francés. Todos dimos por terminada la cuestión, en particular los que hablábamos francés, aunque yo guardé la esperanza de que Sábato nos contase algo de su vida en París y la matemática. No pareció estar interesado y se dirigió a mí, o tal vez a mi melena.

—¿Y usted, quién es?

—Yo estoy con ella. Soy biólogo y también vivo en Buenos Aires. Soy de Colombia.

—¿Habla francés?

—Sí.

—¿Qu'est-ce que vous voulez?

Esta vez hubo menos risas. La rubia saltó una vez más a la arena. ¿Y él? Se dirigía a Federico pero miraba a la francesa. Yo soy de aquí, de Zárate. ¿Y son amigos? Sí. ¿Cómo se conocieron? En Buenos Aires. ¿Y por qué vinieron? La pregunta nos sorprendió. Queríamos ver al señor Sábato y expresarle nuestro respeto —intervine.

—¿Cómo, qué dijo? —dijo Sábato llevándose una mano a la oreja.

Son amigos, Ernesto. Vinieron a verlo porque les gustan mucho sus libros. Ella es de Francia, ese de Colombia y este es argentino, de Zárate.

—¿Zárate? ¿Qu'est-ce que vous voulez?

Esta vez solo hubo sonrisas. Sobrevino un silencio de segundos, larguísimo, se bebió té, las bandejas cambiaron de posición. ¿Masas? Otra media luna de limón. Las primeras tazas vacías volvieron al mantel, empezó la búsqueda de la tetera llena, alguien que no fue Sábato carraspeó, crujieron ropas y sillas, Federico, la francesa y yo intercambiamos miradas encubiertas,

la rubia y la morena se miraron sin expresión, el novio de la morena nos miró a todos, uno por uno, el grupo de cuatro que llegó de último se movió al unísono en una especie de gimnasia ejecutiva, Betty asomó su cara por la puerta de la cocina, el de camisa azul me dijo que venía desde Bariloche, una sombra descendió por la cara de Federico, la francesa se comió dos masas, yo no pude ver mi propia cara.

—Pero díganme algo —dijo Sábato abriendo los brazos, con un corto suspiro.

Uno con cara de niño, quien también llegó tarde, se atrevió. Me gustan mucho sus libros, Ernesto. Tengo diecinueve años y desde que tengo quince los leo y releo. Me gustan mucho *Sobre héroes y tumbas* y *El túnel*. Y quise venir a visitarlo para decírselo.

—¿Habla francés?

—No. Me gusta leer a algunos franceses. Hay un personaje de Camí que se llama Casal, como el de *El túnel*. ¿Usted lo tomó de él?

—Camuuuu, pronunció Sábato en francés. Camuuuu, y le mostró al de cara de niño cómo poner la boca. Él intentó hacerlo y no le salió mal. La francesa rió y Sábato se volvió hacia ella.

—¿Habla francés?

—Sí. Yo soy frgaanceza. Oui, je parle français —respondió en el mismo tono con que había respondido la primera vez.

—¿Qu'est-ce que vous voulez?

Se repitió el silencio. El de camisa azul me preguntó si yo era de Bogotá. De Medellín. La rubia opinó que este colombiano parece de Ezpaña y rió. La morena, a su manera, siguió la misma senda. ¿Están juntos ustedes? Sí. ¿Cómo se conocieron? En Inglaterra, se oyó la voz de la francesa antes de que yo pudiese inventar una respuesta más simple. ¡Ah, mirá! Ellos se conocieron en Inglaterra, Ernesto.

—¿Habla francés? —se dirigió Sábato a Federico.

No, no él, el de allá; es que como él está en la mitad, sonrió la morena como si se excusara. Sábato mantuvo la mirada en Federico, quien por fin habló. No hablo

francés, pero a veces escribo cosas. Él pinta también, intervine. Federico me fulminó con una mirada de no me jodás. Él también escribe. Yo lo fulminé con otra.

—¿Qu'est-ce que vous voulez?

En este momento me atreví. Señor, una vez yo vi en televisión una entrevista que le hizo una colombiana acá en su casa. En un punto usted ríe con una risa muy hermosa y el programa se detiene. La entrevista termina con su risa. Matilde también aparecía, agregué sin pensarlo. Sábato me miró con curiosidad pero noté que se le habían escapado muchas de mis palabras.

—Matilde murió —me dijo con mucha dulzura, uniendo los dedos de las manos al frente del pecho y en el instante en que estas palabras salieron de su pecho, su cabeza empezó a inclinarse.

—Yo sé —le dije, dándome cuenta entonces de mi estupidez. La expresión en su cara empezó a ensombrecerse, se sacudió y la línea de su boca se descompuso. Pensé que iba a llorar, estuvo a punto de hacerlo. Todos los presentes se sumieron inmediatamente en un silencio sólido. Lo siento mucho, señor, atiné a decir llevándome una mano al pecho. La morena dijo algo que todos debimos oír pero estoy seguro que nadie recuerda. Insistí. Me disculpo, señor. La morena tomó el brazo de Sábato y dijo algo más, no sé si nuevas palabras de consuelo o simplemente un nuevo tema.

—Esa palabra que dijo aquel de allá —se dirigió Sábato a la morena señalándome con un brazo, la voz quebrada. Lo dijo con el mismo ademán de un niño que acaba de golpearse la cara contra una mesa y la señala a su madre, sin comprender las intenciones oscuras de ese borde filoso, sorprendido por el dolor súbito en medio de la risa o el juego, sin motivo, traicionero y enemigo.

—Ernesto —sonó la vocecilla tenue y tímida de la mujer sentada frente a mí. Era la misma que había esperado frente a la reja, expuesta sin incomodidad a los ademanes territoriales de la rubia. Tendría unos veinticinco años y ningún rasgo que llamara la atención, a no ser una sonrisa permanente y distante. Sábato captó el hilillo de su voz sin necesidad de llevar sus manos a

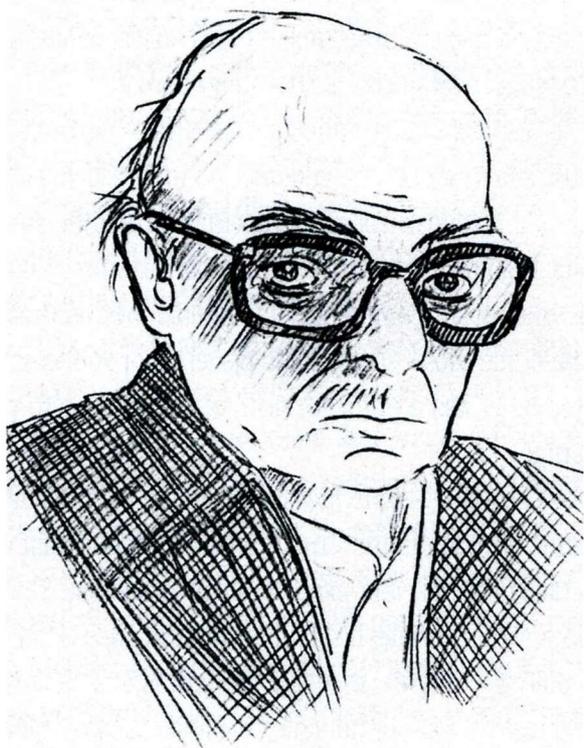
las orejas y se inclinó interesado hacia ella, su expresión súbitamente plácida y el interés dibujado en los ojos.

—Ernesto —yo quiero mucho sus libros porque me acompañaron muchas veces cuando me sentí sola. Me atreví a escribirle una carta y me gustaría leérsela.

—¿Es muy larga? —intervino la rubia con voz chillona.

—Vení acá, al lado mío. Leé. —Sábato pareció no oír las palabras de la rubia.

La carta era larga, como lo temimos todos, y consistía en un collar de citas de *Sobre héroes y tumbas*. Cada tanto yo reconocía pasajes en que Alejandra caminaba por Río Cuarto hasta Pedro de Mendoza, descendía del auto de Bordenave, ordenaba cerveza en un bar de Esmeralda y Charcas o subía las escaleras de su mirador. Martín se hizo sentir por su ausencia, de Fernando Vidal no hubo rastro. Cada vez que sonaba una prosa diferente a la de Sábato yo tenía dificultad en mantener la concentración, al igual que mis vecinos, lo que se hacía evidente en la madera de las sillas, algún suspiro y el renovado roce de ropas.



Sábato, en cambio, se mantenía inclinado con su oído hacia la lectora y la mirada fija al frente, sus párpados entrecerrados. Cada tanto asentía o se inclinaba aún más. Noté que lo hacía ante las frases de la joven y no ante las citas de ella ni las aventuras de Alejandra. Dos veces pidió a la mujer que leyera más fuerte, nunca la hizo repetir y varias veces agitó su mano derecha en dirección a la rubia exigiendo total silencio. La mujer leyó tres hojas apretadas sin titubear y cuando terminó las dobló, las introdujo en un sobre y las ofreció a Sábato diciéndole que eran suyas. Él las tomó y las puso frente a sí con suavidad. Ella se levantó y le echó los brazos alrededor del cuello. Él cerró los ojos y su cara se iluminó apoyada sobre el seno de la joven, como la de un niño feliz.

II

Ernesto, intervino la rubia con voz fuerte, ¿le parece que le mostremos el taller a los nuevos? Sábato la miró sin responder. En ese momento entró un visitante más, moreno y con una gran sonrisa de dientes blanquísimos. Besó a Sábato con la perfecta tranquilidad de quien siempre llega tarde y sorteó todas las sillas para estrechar manos y repartir más besos. Más canchero que la rubia, se apoderó de su invitación e insistió: Ernesto, ¿podemos mostrarle el taller a los nuevos?; para que vean sus pinturas, Ernesto. Sábato lo miró sin responder, aunque se veía que oía sus palabras tan bien como las de la rubia y la morena. La rubia se incorporó, desplazó al grupo de los gimnastas, acomodado en semicírculo detrás de su hombro izquierdo, e insistió imperativamente: Ernesto, vamos a pasar al taller; es parte de la visita, agregó con una sonrisa dirigida a nosotros tres. La francesa se incorporó, Federico se afincó en su puesto y yo quedé bloqueado en la punta de la U. Los gimnastas, la morena, su novio, el de la cara de niño y la lectora avanzaron hacia la puerta por la que Sábato había entrado un rato antes. Desaparecieron entre voces liberadas. Federico se incorporó por fin y se dirigió a

Sábato. Señor Sábato, me gustaría ver sus pinturas si a usted no le molesta.

—¿Qu'est-ce que vous voulez? —y a estas palabras agregó un gesto de está bien, haga como quiera.

Federico avanzó hacia el taller y lo seguí. Pasé el umbral de la puerta con reverencia, pero no era necesaria. Más de diez personas se movían entre dos piezas. En la primera había un escritorio, una silla, una estantería vertical con libros y a la derecha una cama minúscula con un tendido claro. Sobre el escritorio había una máquina de escribir que me hizo pensar en mi más lejana infancia, con teclas blancas repujadas en verde. Una copia de *Sobre héroes y tumbas* coronaba una pila de libros y otra de *El túnel* estaba pronta al lado de la máquina. Varios diccionarios se apilaban contra la pared. Pensé con emoción que ese escritorio era la fragua aún encendida de donde provenían Alejandra y Fernando Vidal, Martín y Marcelo, Pablo y el borracho del Dock Sud, las pesadillas y los ciegos. Mis ojos eran guiados por la aguda conciencia de encontrarme muy cerca de Casals y sus hermanos. En la estantería de ocho niveles llamó mi atención el lomo de *Abaddón*. En la pared de la izquierda, entre el escritorio y la estantería, una ventana amplia permitía ver otro jardín, pequeño, florido y cuidado con esmero y en su centro la estatua en piedra de una ninfa. ¿O era Afrodita?

La cama exigua se arrinconaba en el extremo opuesto de la habitación, al lado de la puerta que conduce al taller. La francesa me señaló con sus labios la pared lateral. De ella colgaba la foto en blanco y negro, grande y ovalada, de una señora de otro tiempo y a su lado un montaje en el que se veían un mirador blanco con cuatro torretas en las esquinas, una ventana oscura, almenas de ladrillo y una pequeña foto de Sábato de medio cuerpo, superpuesta a la base del mirador. Sobre la cama no había más que el cobertor verde y bajo él se adivinaba una almohada de dos dedos.

El taller, iluminado apenas por unos tragaluces estrechos en la parte más alta de una pared, se veía atestado de cuadros, algunos sobre un poyo que recorría dos de sus paredes, otros en muebles ubicados en el

centro de la habitación y montones de ellos apoyados contra las otras dos paredes. ¿Ves el Dostoievsky? Le pregunté a Federico. Lo busqué pero no lo encuentro; prefiero no mover nada. Claro. Sábatos sentados a medio perfil se veían asediados por demonios verdes, rojos y azules oscurísimos, con bocas oscuras sobre fondos aún más oscuros. Un Sábato vestido de negro, sin demonios, entornaba una puerta oscura llevando al pecho una lámpara de luz roja y titilante, la cabeza ladeada y encendida. A la derecha de la puerta se adivinaba una ventana negra iluminada apenas por la lámpara. Miré la expresión dulce en la cara de Sábato, la luz roja, la ventana, no pude quitar los ojos de su rincón más oscuro.

Conducía al jardín presidido por la ninfa de piedra. Me acerqué al umbral, apoyé mis manos en el marco, me atreví a pasar una pierna, la otra. Salté sobre una era de begonias y madresevas dormidas y debí apoyarme en el pedestal de la ninfa para no perder el equilibrio. El jardín terminaba por la derecha en una pared y contra ella se levantaba un cobertizo de madera con una pequeña puerta. Me dirigí hacia allí, empujé la puerta y entré. Adentro había un sillón rojo vino y una gran mesa de madera oscura, sobre la que aparecían dispuestas en orden muchas resmas de papel. Me acerqué y vi con sorpresa que las hojas no estaban en blanco. Sobre una de ellas, amarillenta y opaca, se leía “El túnel”; en otra, relucientemente blanca, “El escritor y sus fantasmas”. Eran los manuscritos de Sábato, aislados del viento, de la lluvia y de la casa por un cobertizo hermético exilado en el jardín de Afrodita.

Pasé mi mano por la hoja áspera que decía “héroes y tumbas”, por las letras gruesas y minúsculas que formaban “abaddón”, por una rueda de carreta dibujada a lápiz sobre la palabra “engranajes”, acaricié con la palma otro folio en que se veía una mano abierta y las mayúsculas “R-E-S-I-S-T-E-N-C-I-A”, dispuestas en círculo. Tomé una resma magra encabezada por una hoja casi en blanco, excepto por un título minúsculo mecanografiado en un extremo: “Diario de Santos Lugares”. Me senté en el sillón, encendí una lámpara

de pie vecina y leí:

“Noviembre 17 de 2005

Suena el timbre en mala hora. Espero a Joaquín, pero no a esta hora que estoy solo y sin ganas de levantarme, cruzar la casa, atravesar el jardín hasta la calle. Igual si intentara hacerlo me tomaría tanto tiempo que quien sea perdería la paciencia y se iría. ¿Y si es otra persona? ¿Si es algún desconocido con malas intenciones? Ya no puedo defenderme. Nunca pude. Llegué a la vejez por la vía de la fama, pero desde que nací me ha hecho mal la menor brisa. Aunque, pensándolo bien, ¿qué quiero proteger? El miedo debe ser como una casa, habitable.

Este sillón es demasiado bondo, me atrapa en el rincón. Pero esta fue mi voluntad, no la del sillón. Insisten con el timbre. Al parecer me he hecho merecedor de la paciencia de la gente. ¿Se habrá adelantado Joaquín? ¿Por qué no me llamó para decirme que vendría antes? ¿Quién será? Nunca se sabe lo que puede suceder en estos tiempos. ¿Betty dejaría medialunas? No siempre las traen mis muchachos y Betty tiene la cabeza de un mirlo. ¿Quién podrá ser?”.

¿Por el living? Me expongo a los tres escalones empinados y a los retratos de Matilde. Mejor por la cocina. Roque estará contento de verme. Siguen tocando. ¿Serán malas noticias?

Ante la puerta no había nadie. Alguien se cansó de esperar, ¿con qué derecho? ¿Es que no saben que ya pasé la edad de las carreras? Todo el mundo sabe que aquí vive Sábado, hasta los vendedores y los encuestadores. Habrá sido uno de otro barrio.

¡Qué vacío se siente el comedor sin los pibes y qué atestado con ellos! ¿Y este patio, tan lleno de plantas que ya no puedo regar? ¿Qué mano tiene Betty para las flores, dios mío! Pareciera que quieren compensar por la tenuidad de mi vida. ¡Ah, si pudiera sentir sus aromas, si pudiera cuidarlas! Pero, qu'est-ce que vous voulez?

Soy viejo y apenas coexisto, no intervengo. Lo importante es que Betty esté orgullosa de las flores, que esta casa siga viva.

¿Por qué ladra así Roque? Puede ser el gato de la vecina, ese negro que una vez cazó una torcaza y la subió a la rama baja del ceibo. Roque la miraba y ladraba justo como ahora, con la misma rabia débil que más parecía nostalgia. Ahora ladra con más fuerza. No creo que sea el gato, nunca lo vi al atardecer. ¿Un intruso? Yo no quería una reja ante mi casa, pero Joaquín se impuso. Un escritor de fama mundial, su refugio, sus tesoros. Las rejas solo sirven contra los curiosos, para un criminal son una incitación. ¿Qué podrían tomar de mí, mis libros, mi vida? ¿Para qué la querrían? ¿Mis ojos? Ya no les servirían de mucho. Roque no se calma. Siento algo en la casa. Ya no sé si oigo cosas, solo siento que las siento. ¿Son pasos? ¿Vienen del living? ¡Qué raro es el miedo de los viejos!, intenso y sin embargo parece ajeno, como si no pudiese ser auténtico, algo con vida propia que no me concierne y sin embargo es mío.

¡Tantas veces tuve miedo! Tal vez mi órgano del miedo se agota. Puede ser hora de recibir la visita del horror. Siempre me obsesionó el horror, pero apenas tuve miedos. ¿Y qué si al fin llegó, si me acecha en mi propia casa? Una cosa es cierta, me encontrará con los ojos bien abiertos.

Ya no ladra Roque. ¿Lo habrán matado? Tal vez no haya nadie, puede ser que haya creído oír el timbre, que nadie haya sonado. Estoy solo. ¿Qué es peor, la soledad o el horror? Ya no lo sé. Únicamente la curiosidad puede resolver estas dudas, y de ella siempre tuve mucha, aún la tengo. Pero no curiosidad a secas, siempre curiosidades específicas. Los números, los miedos, las perversiones, la música, la santidad. Hoy me sorprende comprobar mi nula curiosidad por países lejanos, colegas la-ti-no-a-me-ri-canos, las rocas o los nombres de las plantas. Me

fascinaron los ojos múltiples de las moscas, pero solo porque vi una vez a un chico arrancarlos de un animalito ya desalado que movía sus seis patas en una danza de espasmos. De estas curiosidades malsanas y cómplices tengo muchas y todas sobrepujan a mi voluntad. Sin ellas no habría escrito una sola palabra, sin ellas aún viviría libre en el dominio de los números. Cae la tarde y la casa se llena de sombras, es tiempo de pintar.

Interrumpí la lectura y me arrellané en el sillón. Así que Sábato pinta cuando tiene miedo, cuando lo acomete el pasado, cuando está solo. Por supuesto que así debía ser, ¿a quién podría ocurrírsele que lo hiciera entre el desayuno y el almuerzo, aprovechando la luz del día? No, sus pinturas son nocturnas, subterráneas, visiones de ciego. ¿Cómo puede ser ciego alguien que aún ve, cómo pueden verse con los ojos las capas subterráneas, qué luz es esa que recorre las madrigueras? Colores negros, rocas apretadas por la tierra, tierra interrumpida por rocas, galerías subterráneas llenas de luz negra y por las que se deslizan burbujas imperceptibles de un aire pegajoso. No aguanté más y decidí salir del cobertizo por un momento, comprobar si el viento seguía allí. El sillón crujió delator pero nada respondió a sus quejidos. Salí al aire.

Las sombras cubrían el jardín de la ninfa y las paredes desiguales de la casa. Un viento fresco recordaba la vida y pequeñas nubes movedizas cubrían y descubrían estrellas como si la noche fuera el tablero de un juego de luces opacas. El aroma de jazmín arreciaba contra el cobertizo y se alternaba en la brisa con el naranjo, las madre selvas, el verde húmedo. ¿Qué era todo esto, la envoltura de ese otro mundo de abajo, la piel colorida de un ser denso, terroso, canceroso de rocas, surcado por galerías y sonidos roncós? ¿O el verdadero mundo es el espacio abierto, lo verde, la brisa, los puntos de luz, y lo otro tan solo su sostén necesario, un pedestal? Aspiré tanto aire como pude en tres rápidas bocanadas y retorné al cobertizo. Alguien podría verme desde la casa y además tenía la fuerte sensación de que el manuscrito

de Sábato era tinta fresca. Sentí vértigo en las piernas y me entregué a mi curiosidad de eventos inminentes.

“... tiempo de pintar.” Aquí es; tiempo de pintar. ¿Y qué pasó con los pasos, con la visita del horror? ¿Será literatura esto? No parece un diario cualquiera. Quién sabe. Los escritores son todos unos farsantes, solo que cuesta trabajo creerlo de Sábato. A ver.

Existen dos rutas hasta el taller y siempre tomo la que me lleva frente a los retratos de Matilde. ¿Para qué creen que los tengo, únicamente para torturarme? No, no, no. La miro con su vestido de mangas transparentes, apoyada contra la cerca de la chacra en Córdoba; o en el otro, abrazada a mí, como si yo hubiese sido alguna vez un hombre sólido, prendida de mi espalda con tanta calma, tanta confianza, como si yo lo fuese todo; la veo aquí en la casa, ya enferma, tantas sombras en su rostro y sin embargo centro de todo, esperando la muerte con infinita serenidad. Sí, por allí paso cuando voy a pintar, me detengo, la miro en sus retratos, la recuerdo, siento que me falta el aire, me sacudo y pinto. Técnicas de creación o amor total, qu'est-ce que vous voulez?

Oigo esos pasos otra vez. Empiezo a pensar que los engranajes sueltos de mi cerebro se agitan a destiempo, que se mueven cuando imagino mis propios pasos y entonces los oigo, que estos pasos que ahora están en mis oídos son en realidad los que planeo dar camino del taller. Un reloj machacado es mi cabeza, tan llena de cosas y tan desajustada. Ya no confío ni en mis miedos. Está bien así. Una mente compuesta de tornillos sueltos, de rodela oxidada, de tuercas amelladas es lo que me salva de la locura. Sé que está muy cerca pero mi razón resiste. Por eso pinto, para que los colores iluminen la locura, para poder verla. ¡Ah!, el sueño de la imaginación produce monstruos, decía un pintor, pero sucede que mis sueños son de matemático. Demasiadas válvulas, por dios,

mi razón se salva siempre. ¡Estoy condenado a no ser héroe!

Levanté los ojos del manuscrito. Lo había terminado. No lograba acompasar la respiración, como sucede en la última página cuando se ve que se acaban las letras. ¡Cuánto sufre este hombre! ¿Será a causa de su soledad o esta tristeza nació con él, sin origen, una tristeza eterna? ¿Y qué si no es triste? ¿Qué si su felicidad es morbosa, si sus obsesiones le dan un placer irrefrenable? Al fin y al cabo, el verdadero placer viene de la maestría. Diez pases seguidos de ping-pong producen siempre una sonrisa y Sábato es un maestro, hila palabras, junta ideas y sensaciones, crea expectativa y a cada paso calcula los efectos posibles y los modula. Me levanté del sillón color vino y me apoyé en el marco de la puerta. El jardín ya era una paleta de negros y el aire inmóvil comenzaba a enfriarse. Miré furtivamente hacia la casa y me sorprendí al ver luz en los tragaluz del taller. Cuando me disponía a abandonar el cobertizo y volver al mundo vi apagarse las luces en un destello negro. Con un sobresalto me refugié en el cobertizo y quedé de pie rozando con las rodillas el sillón color vino. Agucé los oídos, apenas atiné a apagar la lámpara.

Oí una puerta sorda abrirse y cerrarse y luego pasos leves. Me llevé las manos a las orejas y pude sentir los mismos pasos que descendían uno, dos, tres escalones crujientes y se apagaban. Me incliné hacia la puerta y esperé sin respirar. Pude oír los mismos pasos arrastrarse sobre el césped, el sonido acompasado de un objeto metálico, un suspiro sonoro y muy largo, el movimiento de la perilla en la puerta del cobertizo. Sentí sangre picante descender por piernas de cemento, pesos en la nuca, mis propias uñas enterradas en la carne de los antebrazos. La puerta se abrió con lentitud, un trapecio de luz amarilla creció lentamente hacia mis pies, imposible de detener. Levanté todo el peso de mi mirada para ver la misma piel de cera derretida sobre una cabeza ladeada, entreabierta su boca inofensiva y fina que musitaba para sí, el pelo blanco, escaso y revuelto, los ojos hundidos infinitamente dulces, libres de buscar y cómodos en la penumbra. Una lámpara de petróleo

bañaba en luz roja y titilante la cabeza de Sábato, enrojecía la noche tras su espalda. La luz traspasaba sus dedos en punta sobre la hoja de la puerta, se colaba por las hebras blancas de su pelo, que brillaban como fuegos de San Telmo sobre su mirada de vidrio.

III

Saltamos al andén en Retiro. ¿Alguno de ustedes ha oído el Rgomanzé de Lavallo?, preguntó la francesa. No, contesté. No, se oyó la voz de Federico separada de nosotros por una señora presurosa y un niño gordo que avanzaban de la mano por el andén. Federico nos alcanzó, rozó mi hombro con dos dedos y señaló con los ojos hacia la derecha. Seguí su mirada y vi a un hombre que caminaba por la franja amarilla del andén, tenso, solitario, a paso extrañamente firme, un brazo hacia adelante. La señora y el niño gordo pasaron de largo y pude ver que el hombre empujaba un bastón blanco con una rueda en la punta. Era ciego.

Buenos Aires, noviembre de 2005

Ilustraciones por Sara Cano Ruiz, estudiante de artes de la Universidad de Antioquia

